

Odette Casamayor Cisneros

En su *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba*, publicado por primera vez en París en 1826, Alejandro de Humboldt deja plasmada su visión de la isla caribeña, entonces colonia española. Sus interpretaciones de la naturaleza y la sociedad criollas han suscitado, ya en el siglo XX, interesantes y en ocasiones controversiales opiniones entre los intelectuales cubanos.

Esta situación se inscribe dentro de una articulación más general – que no es precisamente armónica ni simple – entre el pensamiento humboldtiano y las élites intelectuales de la América hispana, por un lado, y el saber científico europeo, por el otro. Ello forma parte de aquella “conexión real del saber americano con Europa y la fundamentación transcultural de la existencia de un sólo tipo de modernidad occidental sobre bases clásicas en Europa y en las culturas eurocriollas de América Latina” que Michael Zeuske reconoce que se producen con Humboldt.¹

Nuestra intención, con esta investigación, es presentar esta articulación, precisamente a través de la obra y posiciones ético-estéticas de Fernando Ortiz (1881-1969), Alejo Carpentier (1904-80) y José Lezama Lima (1910-76).

Puntos Comunes

Legitimidades

En el acercamiento de Ortiz, Carpentier y Lezama a la obra de Alejandro de Humboldt ha de reconocerse, primeramente, la satisfacción que estos autores

1. Zeuske, Michael, “¿Humboldtización del mundo occidental? La importancia del viaje de Humboldt para Europa y América Latina,” Ponencia inaugural presentada en el coloquio internacional “Humboldt y la América ilustrada (200 años después),” organizado por el Instituto Riva-Agüero (Pontificia Universidad Católica del Perú), Lima, 11-3 Nov. 2002.

encuentran en el reconocimiento que hace el alemán de la naturaleza y el hombre americanos. En efecto, Humboldt aportó en su época una visión novedosa de las Américas, en la cual estas tierras no sólo dejaban de ser analizadas con desdén en razón de supuestas degeneración o inmadurez, sino que, además, se les otorgaba legitimidad, ofreciéndoles cabida en la gran tradición clásica, al mismo tiempo que se les reconocía cierta autonomía natural con respecto a Europa. Tanto la autonomía como la legitimidad clásica son extendidas a otras esferas, alcanzando el mundo social y moral.

Si, retomando a José de la Luz y Caballero (1800-62), Fernando Ortiz vuelve a encomiar a Humboldt llamándole “Segundo descubridor de Cuba” y reclama un homenaje que en su opinión aún en 1929 le estaba debiendo Cuba al viajero alemán, es porque estima en alto grado la legitimidad que aporta Humboldt a la naturaleza cubana y el reconocimiento que hace del nivel de “civilización” de la sociedad criolla de principios del siglo XIX. Cuando Humboldt critica el sistema esclavista y los errores del gobierno colonial, ello no hace más que coincidir con las principales ideas – aunque por razones diferentes – de la élite intelectual y económica criolla, encabezada entonces por hombres como Francisco Arango y Parreño (1765-1837) o José de la Luz y Caballero, quienes trabaron relación con el alemán. Ortiz, en el largo ensayo que precede la edición que hace en 1930 del *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, recalca el carácter patricio de estos hombres, para quienes el status colonial y la dependencia de España constituían el principal freno al progreso de la isla. También, criticaban la esclavitud del negro, aunque únicamente como otro obstáculo al libre desarrollo socioeconómico y no porque reconociesen la igualdad racial. A semejanza de estas importantes personalidades de la historia colonial, pero un siglo después, Ortiz (a quien se le dice también “tercer descubridor de Cuba”) se halla igualmente en plena cruzada contra el atraso económico y social de su país. Es ya el autor de algunas obras que se atacan a ciertos males sociales de la República de 1902, principalmente de orden moral y criminal. En tanto que positivista, discípulo de Lombroso, ha publicado en 1906 *Los negros brujos* y en 1916 *Los negros esclavos*, ambos libros integran la serie que intitula “Hampa Afrocubana,” donde las prácticas rituales de origen africano son presentadas bajo la perspectiva criminalística, consideradas como elementos de la “mala vida cubana.” Es cierto que el pensamiento de Ortiz cambiaría con el tiempo y que sus concepciones racistas cederían paulatinamente lugar a la teoría de la transculturación,² pero en todo momento una gran pulsión humanista dominó su trabajo, pulsión que persigue el progreso de la nación.

Como también es el progreso el fin último de las teorías ético-estéticas de Alejo Carpentier. El novelista no es un moralista en el mismo sentido en que lo es Ortiz. Exigirá también, por supuesto, la educación, la instrucción y el

progreso económico de su pueblo, aspectos que en su opinión garantizan el derecho a pertenecer al “mundo civilizado.” Mas intentará demostrar además la legitimidad de esta pertenencia a través de sus teorías sobre el barroco y lo real maravilloso. Tampoco sus ideas permanecen inalterables con el transcurso de los años, pero, en lo esencial, se trata de concepciones en las que la Historia es siempre impulsada por la acción concreta de los hombres. Es este el motor secreto de la vida humana, para Carpentier, quien cree además que en América tales fenómenos resultan más evidentes que en cualquier otra parte del mundo. Constantemente interpelado por la diferencia y la continuidad entre América y Europa y habiendo consagrado buena parte de su obra de ficción y ensayística a determinar y demostrar el sitio que ocupan América en general y Cuba en particular dentro de la civilización occidental, Carpentier no puede evitar admirar la obra humboldtiana, en tanto “divulgadora” europea de las realidades americanas. No carece de interés el dato, aportado por el propio Carpentier, de que la idea de la novela *Los pasos perdidos* surgiese en 1949 durante su viaje a través del Orinoco, acompañado de la lectura de *El Orinoco ilustrado* del padre José Gumilla y de *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente* de Humboldt.³ Y en este dejarse llevar por la mirada de Humboldt, puede sin dudas descubrirse la importancia que en la obra de Carpentier pudo haber tenido la ordenación histórica que tienta el científico alemán a partir de los hechos naturales. El escritor cubano confiesa también haber reconocido durante la travesía a través del Orinoco las descripciones hechas antaño por Humboldt y Gumilla, y se “maravilla” (palabra y gesto claves en Carpentier) tal y como hiciese diez años antes al regresar a La Habana, tras una larga estancia en Europa. Desde el principio del artículo “La Habana vista por un turista cubano,” el creador del término de lo real maravilloso revela su extrañeza ante la realidad que redescubre. Se llama a sí mismo turista en su propia tierra, que se maravilla ante su multiplicidad y aprende a “considerar La Habana con un respeto ajeno a todo sentimiento íntimo y personal de cariño,” divirtiéndose en “hallar analogías auténticas” con lugares europeos.⁴ Curiosamente, su descripción de la entrada en la Bahía de la Habana desde el barco que lo traía de Europa no se aleja demasiado de la visión de Humboldt en 1800, quien calificaba entonces la vista de La Habana,

2. “La transculturación expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana *acculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial *desculturación*, y, además significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de *neoculturación*”, F. Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, La Habana, Ciencias sociales (col. “Pensamiento cubano”), 1983, p. 90. (Destacado por el autor).

3. Carpentier, *Entrevistas*, La Habana, Letras cubanas, 1985, p. 484.

4. Carpentier, “La Habana vista por un turista cubano,” *Conferencias*, La Habana, Letras cubanas, 1987, p. 182.

a la entrada del puerto, como “una de las más alegres y pintorescas de que puede gozarse en el litoral de la América equinoccial.”⁵ Por su parte Carpentier descubre, al penetrar la bahía, la “espectacularidad” de la ciudad y decide que la entrada al puerto “parece obra de un habilísimo escenógrafo.”⁶ Prosigue el novelista elogiando una vista que según él no defrauda las ilusiones románticas del turista: la de los castillos coloniales, que ya habían sido motivo de exaltación para Humboldt. ¿Qué propicia entonces las coincidencias entre ambas descripciones?: tal vez la perspectiva europea de donde parten. Y no se pretende aquí volver a las inextinguibles y estériles discusiones acerca del grado de cubanía – por nacimiento o cultura – de Alejo Carpentier, sólo se constata lo que innegablemente compartían tanto Humboldt como el novelista cubano: el pensamiento clásico occidental.

También, la descripción que hace Humboldt de algunos parajes insulares adquiere para José Lezama Lima una especial significación, que no deja de señalar en su ensayo “Recuerdo de Humboldt.” Incluso, no es difícil reconocer ciertas coincidencias entre las notas que toma el alemán a la vista de los Jardines y Jardinillos de la Isla de Pinos y algunas imágenes más o menos famosas de la poesía de Lezama, donde la luz es venerada como elemento principal de la cubanía geográfica. En el poema “Noche insular: jardines invisibles,” por ejemplo, “la luz vendrá mansa y trenzando/el aire con el agua apenas recordada,” ésta será también “delicadeza suma” y gozará de una “calidad tranquila,” mientras “la mar violeta añora el nacimiento de los dioses.”⁷ Por su parte, Humboldt había reconocido ya la importancia de la luz solar en los ilusionismos que le inspiran los Jardines y Jardinillos, que le agradan particularmente por lo cambiante que a sus ojos se torna el paisaje, por los juegos ópticos que la luz provoca, los cambios de color y brillo. Habla entonces de “espectáculo engañoso” y de la inmovilidad de “la superficie ondeante de las llanuras,” de “masas inertes [que] parecen como suspendidas en el aire.”⁸ No ha de olvidarse, en este punto, que también Lezama valoraría en alto grado la ligereza, la suspensión, la permanente metamorfosis, y que concebía “lo cubano” precisamente como algo “inefable [...] un airecillo, una ternura, un estar y no estar.”⁹ Para quien la imagen poética constituyese un elemento esencial de su pensamiento, y para quien la insularidad era tan importante que había llegado incluso a plantear la urgencia de ocuparse de una Teleología Insular,¹⁰ la búsqueda de dichas imágenes en los primeros dis-

5. Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 1998, p. 6.

6. Carpentier, “La Habana vista por un turista cubano”, Op. cit., p. 187.

7. Lezama Lima, “Noche insular: jardines invisibles,” *Poesía completa*, Madrid, Alianza Literaria, 1999, p. 82-4.

8. Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, Op. cit., p. 226-7.

9. Lezama, *Cartas (1936-1970)*, Madrid, Orígenes S.A. (col. “Tratados de testimonio”), 1979, p. 181.

cursos y textos sobre la isla fue siempre una tarea principal. En este sentido, las divagaciones poéticas del científico alemán ante la naturaleza cubana no debieron pasarle inadvertidas. Lezama no puede sino admirar el hecho de que el sabio europeo, tan impregnado de cultura clásica, fuera sensible y capaz de aceptar en cierto modo el mundo en plena mutación (que fuesen las sociedades americanas o el paisaje de los Jardines y Jardinillos). Para los intelectuales como Lezama, Ortiz y Carpentier, tan preocupados por la cultura cubana – a sus ojos tan joven y en pleno y constante devenir, la posición de Humboldt, en tal sentido, es perfectamente encomiable.

Además de esta identificación poética, Lezama, junto a Carpentier y Ortiz, comparte el humanismo humboldtiano, su fe en el progreso humano. Sobre todo en lo que respecta a Cuba se suma al aplauso general y en su ensayo agradece el reconocimiento de universalidad y de civismo que a veces hace Humboldt de la isla y sus habitantes. A semejanza de Ortiz, Lezama Lima recalca los orígenes aristocráticos de Humboldt y ve en el hecho de que un célebre noble europeo frecuentase gustosamente el patriciado intelectual de las diferentes ciudades americanas que visitó, una muestra del “potencial de refinamiento o expresividad de esas sociedades en ciernes.” Lezama enzalza sin ambages la legitimación que según él hace Humboldt de la diferencia y la futuridad americanas: “Humboldt sabía que esa calidad de sabiduría [se refiere a la sabiduría que atribuye a la alta nobleza europea] no la podía encontrar por tierras americanas, pero intuía en esas sociedades incipientes, ebulliciones de nuevas síntesis, distribuciones espaciales sutiles y poderosas, dimensiones cargadas de una novedad sorpresiva para las otras sociedades.” Ejemplifica Lezama la sensibilidad que atribuye a Humboldt con el hecho de que, a un tiempo de ser capaz de conversar sobre sus descubrimientos científicos con un rey moribundo, consigue delectarse con “los golpes de ingenio de nuestras criollas.”¹¹ Por otra parte, el cumplido del alemán hacia las damas de la alta sociedad cubana, de quienes exaltaba la gracia, tampoco había escapado en su momento a Ortiz.

Coincidencias cosmológicas

Aunque seguramente de una manera inconciente, la perspectiva cosmológica de Alejandro de Humboldt se encuentra sin dudas a la base de la atracción que tanto sobre Ortiz, Lezama o Carpentier ejerciese el pensamiento del viajero alemán. En su obra *Kosmos*, la identificación que éste hacía entre las

10. “Ya va siendo hora de que todos nos empeñemos en una Economía Astronómica, en una Meteorología habanera para uso de descarriados y poetas, en una Teleología Insular, en algo de veras grande y nutritivo”, Lezama Lima, *Archivo de José Lezama Lima. Miscelánea*, Iván González-Cruz (ed.), Madrid, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, S. A., p. 526-7.

11. Lezama Lima, “Recuerdo de Humboldt,” *Tratados en La Habana*, S.I., Universidad central de Las Villas, 1958, p. 202.

leyes que rigen la naturaleza y aquellas que según él determinaban el mundo moral, es claramente expresada:

Yo creo que la descripción del universo y de la historia de los hombres se encuentran situadas en un mismo grado de empirismo; pero que sometiendo los fenómenos físicos y los acontecimientos al trabajo del pensamiento, y remontando hasta sus causas por la vía del razonamiento, uno es penetrado cada vez más por esa creencia antigua según la cual las fuerzas inherentes a la materia y las que rigen el mundo moral ejercen su acción bajo el imperio de una necesidad primordial, y siguiendo movimientos que se renuevan periódicamente, aunque a intervalos desiguales. Son esa necesidad presente en las cosas, ese encadenamiento oculto aunque permanente, ese regreso periódico en el desarrollo progresivo de las formas y de los acontecimientos, quienes constituyen la *naturaleza* obediente a una primera impulsión determinada.¹²

Aunque estaba convencido de la superioridad de los valores de la cultura europea y no concebía el futuro del universo al margen de los mismos, con sus viajes e investigaciones empíricas Humboldt emprende la búsqueda y concepción de una comprensión diferente del mundo e intuye que su meollo puede hallarse tal vez en ese encadenamiento oculto aunque permanente y necesario, responsable de la progresión cíclica de todos los fenómenos, fuesen estos naturales o morales. Mas precisa también, en su brillante *Kosmos*, que no se trata de reducir la totalidad de los elementos sensibles a un pequeño número de principios abstractos únicamente basados en la Razón, sino de la contemplación del universo entero fundada sobre una especie de “empirismo razonado.”

El científico alemán creyó descubrir en los grandes fenómenos naturales la misma lógica interna que veía en las composiciones históricas. Con esta forma de concebir el desarrollo histórico coincide en ciertos textos, por su parte, Alejo Carpentier. La visión cíclica de la Historia en *El reino de este mundo* y en *El siglo de las luces*, entre otras obras, es en este sentido muy esclarecedora. En *El siglo de las luces*, incluso, el personaje de Esteban piensa en repetidas ocasiones en las analogías entre el paisaje y el mundo vegetal y animal que conoce durante sus viajes por el Caribe y la Historia. Bañándose en lo que llama el “prodigioso Mar de las Islas,” intuye que “la

12. “Je crois que la description de l’univers et l’histoire des hommes se trouvent placées au même degré d’empirisme; mais en soumettant les phénomènes physiques et les événements au travail, on se pénètre de plus en plus de cette antique croyance, que les forces inhérentes à la matière et celles qui régissent le monde moral exercent leur action sous l’empire d’une nécessité primordiale, et selon des mouvements qui se renouvellent périodiquement, bien qu’à des intervalles inégaux. C’est cette nécessité des choses, cet enchaînement occulte, mais permanent, ce retour périodique dans le développement progressif des formes, des phénomènes et des événements, qui constituent la *nature* obéissant à une première impulsión donnée.” Jean Paul Duviols, Charles Minguet, *Humboldt. Savant citoyen du monde*, Paris, Gallimard (col. “Découvertes Gallimard. Invention du monde”), 1994, p. 128-9. (Nuestra traducción).

selva de coral hacía perdurar, en medio de una creciente economía de las formas zoológicas, los primeros barroquismos de la Creación,” que se trataba de “una figuración cercana – y tan inaccesible, sin embargo – del Paraíso Perdido.”¹³ Aún más, estos parajes marinos se convierten en la imaginación de Esteban en escenario donde se reproducen ciclos vitales, históricos, que ni siquiera escapan a la parafernalia bíblica; y hay de tal suerte un Acontecimiento protagonizado por un pez enorme, “desusado, de otras épocas” que irrumpía en la calma matinal con solemnidad de “Leviatán traído a la luz” o existe el “Gran Teatro de la Universal Decoración,” imagen de la lucha constante de todas las especies por la sobrevivencia. De estos combates quiere escapar precisamente el protagonista que, frustrado, huye de la Revolución francesa y sus repercusiones caribeñas, y por eso, “para olvidarse de la época, marchaba solo, a la otra banda” de las angostas islas, donde conseguía al fin sentirse dueño absoluto, en perfecta paz. Así permanecía Esteban, “desnudo, solo en el mundo [...] dicha total, sin ubicación ni época.”¹⁴

La actitud del personaje de Carpentier parece dar concreción a ciertos pensamientos de Humboldt, para quien:

El viajero que recorre el globo, como el historiador que remonta el curso de los siglos, tiene ante sí siempre el mismo paisaje desolador que le ofrecen los conflictos de la especie humana. Por ello, testigo de las disensiones permanentes de los pueblos, el hombre que aspira al goce apacible del alma, prefiere volver la mirada hacia los resortes misteriosos de la fuerza fecundadora de la Naturaleza, o sino, abandonándose a ese instante innato, presente en su corazón, el hombre eleva los ojos, captivado por una intuición sagrada, hacia el firmamento, donde los astros, en inalterable armonía, continúan su revolución eterna.¹⁵

Carpentier representa la Historia como una espiral orientada hacia el futuro, una repetición cíclica de acontecimientos que hacen avanzar el mundo a través de las revoluciones, siempre hacia un estadio superior de civilización. Como Humboldt, sabe que cada ciclo no es exacta repetición del anterior. Un motor secreto impulsa constantemente el movimiento ascendente de esta espiral, una esencia que nos acerca sin dudas de aquella necesidad oculta y permanente a la que hiciera referencia Humboldt. Él intuye la presencia de esa necesidad en la naturaleza, tal y como Carpentier niega en su

13. Carpentier, *El siglo de las luces*, La Habana, Unión, 1993, p. 211.

14. *Ibid.*, p. 214-6.

15. “Le voyageur qui parcourt le globe, comme l’historien qui remonte le cours des siècles, a devant lui toujours le même tableau désolant des conflits de l’espèce humaine. C’est pourquoi, témoin des dissensions permanentes des peuples, l’homme qui aspire aux paisibles jouissances de l’âme aime à plonger ses regards sur les ressorts mystérieux de la force fécondante de la Nature; ou bien, s’abandonnant à cet instinct inné qui est dans son cœur, l’homme élève ses yeux, saisi d’une intuition sacrée, vers le firmament, où les astres, dans une inaltérable harmonie, poursuivent leur révolution éternelle.” Jean Paul Duviols, *Op. cit.*, contracubierta. (Nuestra traducción)

momento la exigencia surrealista de hurgar o inventar la esencia cósmica en otros mundos, alegando que es en la mismísima realidad en la que ha de buscársele. Es así como surge su teoría de lo real maravilloso, de la maravilla vital presente en la realidad.

Asimismo, es también a través del estudio científico de la naturaleza y la vida social que Fernando Ortiz consigue desentrañar las fuerzas motrices de la nación cubana, aquello que en su opinión sería capaz de garantizar el progreso de su país. Analiza sin descanso la isla y sus hombres, principalmente su cultura, buscando explicaciones que permitan comprender la realidad nacional y mejorarla. En 1940 publica incluso una obra admirable, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, donde todo el universo laboral, productivo, económico, político, cultural y social asociado al tabaco y al azúcar, productos principales de Cuba, es examinado bajo una perspectiva que reconoce y se preocupa esencialmente de los procesos constitutivos de la nación, es decir, de lo que él llama la transculturación. “El tabaco y el azúcar son los personajes más importantes de la historia de Cuba,” dice Ortiz desde las primeras páginas de su libro, “y las sorprendentes diferencias entre ambas producciones se reflejan en la historia del pueblo cubano desde su misma formación étnica hasta su contextura social, sus peripecias políticas y sus relaciones internacionales.”¹⁶ Por demás, es precisamente en *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* que el concepto de la transculturación es presentado, recibiendo en las páginas introductorias el aval de Bronislaw Malinowski. Ortiz hace del tabaco un símbolo de una cubanía más auténtica, de cierto refinamiento, de un humanismo más elevado pues representa según él el trabajo individualizado, libre, no alienado (del campesinado cubano blanco, fundamentalmente), en tanto que el azúcar deviene bajo su pluma el elemento importado, ignominioso pues conlleva la utilización de mano de obra esclava (africana y “atrasada”), cultivo y producción inhumanos, bastos, masivos (latifundio), que trae además como consecuencia la subordinación económica de alguna metrópoli (España o los Estados Unidos). Tabaco y azúcar se convierten, de la suerte, en expresión de las tensiones principales que Fernando Ortiz descubre en el seno de la nación cubana. A través de su presencia e imbricación en la vida nacional, analiza el problema del subdesarrollo y de la dependencia cubanos.

Por su parte, Lezama, a diferencia de Ortiz y de Carpentier, no conseguirá hallar la presencia de las fuerzas cósmicas, que rigen por igual el mundo natural y el moral, en la realidad que le circunda. Mas, igualmente convencido del porvenir glorioso de la isla de Cuba, encontrará también una “necesidad oculta” justificando la existencia del hombre y su futuridad. Es la imagen que organiza y rige el mundo, garantizando su armonía y pervivencia: “Es un

16. Ortiz, Op. cit., p. 3.

espacio desconocido y un tiempo errante que no se aposenta sobre la tierra. Sin embargo, paseamos en ese aquí y transcurrimos en ese ahora, y logramos reconstruir una imagen. Es la sobrenaturaleza,¹⁷ dice el autor de *Paradiso*. La sobrenaturaleza que ha de ser descubierta por el hombre en la naturaleza y sociedad reales, las mismas que Humboldt, Carpentier y Ortiz estudian concienzudamente, buscando cada uno respuestas al desorden cósmico.

Disensiones

Ante el ‘inexplicable’ caos cubano

En varias ocasiones, cuando Carpentier quiere representar su concepción de la Historia en tanto que espiral orientada hacia el futuro, utiliza con acierto la imagen del caracol. No es sólo el aspecto del caracol lo que mueve al novelista a introducir tal identificación en su prosa, sino también el papel de mediador que funge entre lo amorfo y lo perfectamente definido, entre lo infinito y lo concreto. Dice aún Esteban en *El siglo de las luces*:

El caracol era el Mediador entre lo evanescente, lo escurrido, la fluidez sin ley ni medida, y la tierra de las cristalizaciones, estructuras y alternancias, donde todo era asible y ponderable [...] Fijación de desarrollos lineales, volutas legisladas, arquitecturas cónicas de una maravillosa precisión, equilibros de volúmenes, arabescos tangibles que intuían todos los barroquismos por venir.¹⁸

La espiral es entonces línea cimbreante hacia el porvenir, una lógica dentro del caos. Lógica que Carpentier calificaría con demasiadas prisas de barroca, pero una lógica racional, en fin de cuentas. Y ello, porque incluso si esta lógica se alimenta de todo tipo de apocalipsis revolucionarias, de ciclones y carnavales, incluso si esta concepción de la evolución humana asemeja a un torbellino infinito y total, es sólo en ella donde, para Carpentier, el universo entero encuentra plena armonía. De ahí, que, cuando tropieza con las críticas que Alejandro de Humboldt hiciera en su momento a la desorganización urbana de la villa de La Habana: (“El europeo que experimenta una mezcla de impresiones tan halagüeñas olvida el peligro que le amenaza en medio de las ciudades populosas de las Antillas [...] Las calles son estrechas en lo general, y las más aún no están empedradas. [...] Durante mi mansión en la América española, pocas ciudades presentaban un aspecto más asqueroso que la Habana, por falta de una buena policía. [...] Allí, como en nuestras ciudades más antiguas de Europa, un plan de calles mal hecho no puede enmendarse sino muy lentamente.”¹⁹), el novelista salte en defensa de

17. Lezama Lima, “Confluencias,” *Confluencias*, La Habana, Letras Cubanas, 1988, p. 419.

18. Carpentier, *El siglo de las luces*, Op. cit., p. 215.

19. Humboldt, *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, Op. cit., p. 6-7.

ese mismo caos. Donde el científico alemán encuentra un caos injustificable, que ha de ser eliminado si los cubanos desean proseguir su marcha tranquila hacia el progreso total, Carpentier cree descubrir, al contrario, un elemento más aportando fuerza y particularidad a la nación. Esta visión no se restringe, por demás, a la realidad cubana. Es una perspectiva que Carpentier utiliza para interpretar toda la realidad americana, y de la que surgen sus teorías personales sobre el barroco americano o aquella otra del “tercer estilo de las ciudades que no tienen estilo.”

Es precisamente en uno de los ensayos en los que Carpentier se regodea exaltando el barroquismo americano, “La ciudad de las columnas”, publicado en 1964, donde se refiere a la crítica que hace Humboldt al mal trazado de las calles habaneras. Para el novelista cubano no se trata de un defecto sino del testimonio de una “gran sabiduría” dictada por “una necesidad primordial – tropical – de jugar al escondite con el sol, burlándose de superficies, arrancándole sombras, huyendo de sus tórridos anuncios de crepúsculos.” Los vocablos valen por sí solos: tropical, escondite, burla, sombras, huídas. Son de las palabras que se pasean a su antojo por toda la literatura sobre el barroco. Más lejos, Carpentier continuará con “reverberaciones,” “poliromías,” y pasará a ocuparse de la enumeración – tan típica de su prosa – de los elementos arquitectónicos de su Habana barroca. Para el autor, en fin, el mal trazado de las calles, en lugar de exacerbar los sentidos, acaba paradójicamente por ofrecerle una “impresión de paz y frescor que difícilmente hablaríamos en donde los urbanistas concientes ejercieron su ciencia.”²⁰

Así, en lo aparentemente caótico – que sea la ciudad laberíntica, explosivas y sangrientas revoluciones, bullangueras noches de carnaval – se disimula, para Carpentier, una armonía soterrada y firme. De este modo, en el caos que recusa Humboldt habría un orden que escapa a la mirada del sagaz científico. Y el autor cubano eleva justamente ese orden camuflado a nivel de categoría esencial para la comprensión de los pueblos americanos. Otro tanto hace, a su modo, Ortiz, pues es quizás esta una de las consecuencias de su concepto de la transculturación, con el que pretende comprender, organizar, categorizar el caótico mestizaje. En Lezama, tanto desorden es regulado por la “sacrosanta” imagen, actuando desde el interior mismo de las cosas y los fenómenos de la vida natural y social. Concibe el mundo como una esfera perfecta en la que todo tiene una razón de ser, donde todo participa en la magia de la existencia porque es “cantidad hechizada” que no muere ni desaparece jamás, está eternamente destinada a la resurrección. El *ouroboros* es uno de sus mitos predilectos, la serpiente que se muerde la cola y que garantiza la perennidad de la vida. Hay también aquí el círculo, la voluta barroca,

20. Carpentier, “La ciudad de las columnas,” *Ensayos*, La Habana, Letras Cubanas, 1984, p. 42.

impensables para Humboldt. Por eso, como Carpentier, celebra en La Habana una “ciudad no surgida en una semana de planos y ecuaciones.” Reconoce el autor de *Paradiso* que su villa “tiene un destino y un ritmo. Sus asimilaciones, sus exigencias de ciudad necesaria y fatal, todo ese conglomerado que se ha ido formando a través de las mil puertas, mantiene todavía ese ritmo. Ritmo de pasos lentos, de estoica despreocupación ante las horas, de sueño con ritmo marino, de elegante aceptación trágica de su descomposición portuaria porque conoce su trágica perdurabilidad. Ese ritmo – invariable lección desde las constelaciones pitagóricas – nace de proporciones y medidas. La Habana conserva todavía las medidas del hombre. El hombre le recorre los contornos, le encuentra su centro, tiene sus zonas de infinitud y soledad donde le llega lo terrible.”²¹

Estas disensiones que separan a Carpentier, Ortiz y Lezama de Alejandro de Humboldt apuntan hacia un elemento esencial de la perspectiva a través de la cual el científico alemán estudió las realidades de la América hispánica del siglo XIX. Esto es, aunque Humboldt las utiliza como material de base para la elaboración de sus teorías cosmológicas, será siempre – ¿y cómo, en su caso, podría ser de otro modo? – el pensamiento clásico europeo el factor estructurante de toda su actividad de observación y comprensión. Se refirió Michael Zeuske a un “abrir ventanas en los muros griegos de la estética clásica;”²² mas estas aperturas que se entreabren a voluntad, no significan la liberación absoluta del espíritu frente a realidades diferentes. Choca, en el fondo, el espíritu, con esquemas esenciales. Tampoco Carpentier, Ortiz o Lezama escapan a tales esquemas. Al contrario, su sujeción al pensamiento clásico europeo exige de ellos que adapten al máximo, en los mínimos detalles y hasta las últimas consecuencias, este pensamiento a la realidad insular. Por eso, para ellos, el caos – real, insoslayable, irremediable – ha de codificarse, comprenderse y convertirse, forzosamente, en germen de un desarrollo posible. Si la imagen del porvenir americano que Humboldt alcanza a hacerse está construida según los patrones de la idea de nación europea que él puede admirar, Ortiz, Lezama y Carpentier parten por su lado en búsqueda de un concepto diferente de nación, en el que lo caótico propio de su tierra y de su pueblo encuentre lógica cabida. Por eso no puede tampoco excluirseles del clasicismo occidental, porque persiguen la comprensión lógica del desorden, porque añoran el progreso, porque veneran la sacra nación.

21. Lezama Lima, “Sucesiva o las coordenadas habaneras,” *Tratados en La Habana*, Op. cit., p. 245.

22. Zeuske, Michael, Op. cit.

